

Don Carmelo Pinzón ha renunciado a ser Rey de San Tiburcio del sur. dejando a su hijo como soberano heredero. Abandona el país cabalgando un alazán que no tiene idea de su destino inmediato. Carmelo cree saberlo, Quiere disfrutar lo que le quede de vida, recorriendo el mundo y sus misterios., sin tener un plan preconcebido, pues la cerrazón de su mentalidad oxidada por la enorme suma de dinero que lleva en los lomos de una mula resignada que le sigue los pasos con la fidelidad de un sherpa del Tibet.

La primera noche de su nueva aventura transcurre con las incomodidades naturales de dormir en plena selva, bajo la luz de las estrellas, que no iluminan, solo están, se tiende sobre el suelo duro de tierras desconocidas y envuelto en su zarape que no calienta. Muy lejos de lo que tenía por costumbre en el palacio de su reinado. Cama de mullido colchón tamaño king size, tapado con cobertores rellenos de plumas de ganso y almohadas que parecían trozos de nubes pasajeras, y sobre todo eso, calentado con el aliento hechicero de una mujer al gusto. Su caballo tampoco estaba feliz del todo, extrañaba su pesebre y la comida a tiempo.

A partir de la tercera noche, las penas se hicieron más tolerables y la convicción de que eso era lo que había elegido para cambiar su vida por algo más entretenido. Y se entusiasmaba pensando que estaba a las puertas de otro mundo realista y lleno de belleza y entretenimientos. La promesa apareció en el horizonte